

## EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ, 1987

*Yo sé de un hombre que perdió su rifle  
en pleno corazón de la batalla,  
y ese hombre fue un héroe  
con su vida por arma.*

*Jorge Debravo*

"Yo Alfred Nobel, en plena posesión de mis facultades mentales, dispongo que cuanto queda de mi patrimonio sea administrado del modo siguiente: el capital constituirá un fondo cuyos intereses serán distribuidos anualmente, en forma de premios, entre aquellos que, durante el año anterior, hayan aportado beneficios a la humanidad. Tales intereses serán divididos en cinco partes iguales y repartidos como sigue: una parte respectivamente a quienes se hayan distinguido en los campos de la Física, la Química, la Fisiología o la Medicina, y la Literatura; y una parte a la persona que haya realizado la mayor o la mejor obra en beneficio de la fraternidad entre las naciones, de la abolición o reducción del potencial bélico o de la promoción de congresos por la paz. Es mi deseo expreso que, al ser asignados los premios, no se tenga en cuenta la nacionalidad de los candidatos; el candidato meritorio deberá recibirlo, sea escandinavo o no."

Estas eran algunas líneas del testamento de Alfred Nobel. Había nacido él en Estocolmo, el 21 de octubre de 1833, y después de una vida consagrada a la investigación científica que lo llevó al descubrimiento de la dinamita y de la balistita —productos cuyo posible uso en detrimento de la vida humana amargó la conciencia del investigador— había muerto el 10 de diciembre de 1896 y había dejado detrás suyo una fortuna de 9.200.000 dólares, producto de su trabajo como industrial e investigador.

Abierto su testamento en enero de 1897, la fundación creada para administrar el patrimonio empezó, a partir de 1901, con la ejecución de la voluntad del fenecido cientista. Ese año se adjudicó

por primera vez el *Premio Nobel* en las diversas ramas por él establecidas: en física, el premio correspondió al alemán Wilhelm Konrad Roentgen; en química, el holandés Jacobus Hendricus van't Hoff; en fisiología y medicina, al alemán Emil von Behring, en tanto que un francés, René Francois Armands Sully Prudhomme ganaba el premio nobel en literatura. El premio en literatura. El premio de la paz fue asignado ese año al suizo Jean Henri Dunant.

Desde entonces, salvo en años excepcionales —los años de guerra mundial, por ejemplo— los premios se han venido dando en las áreas establecidas por su fundador.

En el ámbito del premio de la paz ha habido un reconocimiento al trabajo humanitario de figuras como Albert Schewitzer (1952) y Teresa de Calcuta (1979), a la defensa de los derechos raciales y laborales de Martín Luther King (1964) y Lech Walesa (1983), a la defensa y promoción de los derechos humanos realizados por instituciones como UNICEF (1965) y *Amnistía Internacional* (1977). Así, la tradición de reconocer anualmente los grandes esfuerzos en beneficio de la humanidad se va prolongado.

Dicen los comentaristas del *Premio Nobel* que, en las últimas dos décadas, éste ha tomado un carácter cada vez más político. Los premios de la paz otorgados a Henry Kissinger, en 1973, a Amnistía Internacional, en 1977; a Andrei Sakharov, en 1975; a Lech Walesa, en 1983; y a Elie Wiesel, en 1986, entre otros, son, al parecer, reconocimiento político a una acción de carácter político. Si esto es

así, el problema estriba entonces, no en el estricto carácter político de la acción galardonada, ni en el apoyo político que para ella representa el galardón. Estriba más bien en el sentido asignado a aquella acción y en las consecuencias generadas por aquel apoyo. En otras palabras, el problema estaría en saber a quiénes y en qué medida beneficia la acción y el apoyo recibido, como en saber a quiénes y en qué medida perjudican ambas. Decir tan sólo que el *Premio Nobel* tiene un carácter político, en tanto es "premio a aquellos que hayan aportado beneficios a la humanidad," es decir, que hayan incidido positivamente en la *polis* humana, y ello significa haber contrarrestado con su beneficio las posibilidades sufridas también en la *polis*, como notas constitutivas de su realidad.

Se impone, entonces, hacer una breve aproximación dilucidadora a estas cuestiones a fin de aquilatar el real o ficticio valor del *Premio Nobel de la Paz* de este año.

Se impone para saber si son buenas, verdaderas y necesarias las palabras de un miembro de la escena político-militar salvadoreña cuando dijo con sorna y desenfado: "el próximo año hago yo mi paquete para ver si también me dan el *Nobel*."

El *Premio Nobel de la Paz*, otorgado en 1987 al doctor Oscar Arias, presidente de Costa Rica, debe verse, ante todo, como el reconocimiento y apoyo europeos a un civilizado estilo de vida política. Costa Rica, con su más sana democracia respecto de los otros países centroamericanos, y la propuesta para la distensión de los conflictos políticos militares en el área, presentada por el presidente de aquel país, aparecen ante el pensamiento político europeo actual —poco afecto a las ortodoxias extremas de diverso signo— como mecanismo y modelo para el convivio pacífico en una Centroamérica fuertemente sacudida por la violencia armada a lo largo de esta última década. De aquí que diversos gobiernos del viejo continente hayan apoyado con entusiasmo el plan del doctor Arias y que tal entusiasmo haya culminado en su designación como candidato al *Premio Nobel de la Paz*.

Desde otro ángulo, el premio también debe verse como un jaque político de la civilizada comunidad europea a la política bárbara y guerrerista de la actual administración norteamericana y sus gobiernos aliados. Conjugado con los problemas externos de Estados Unidos en el Golfo Pérsico y con los problemas internos relacionados con la bolsa de valores, el jaque propicia una tabla floja y falsa en el hasta ahora prepotente andamio del equipo nacional e internacional de Reagan.

Finalmente, el *Premio* parece tener otro significado más: apoyar una tercera alternativa internacional en la hasta ahora dicotomizada tensión *Este-Oeste* que tan brutalmente ha operativizado su dife-

rendo en territorios como el centroamericano.

Es evidente, pues, el carácter político del *Premio*; pero es también a esa politicidad lo que probablemente confiere a Costa Rica y a su presidente un talante singular: ser generadores de movilización internacional en beneficio de una alternativa racional y civilizada de convivencia. Por eso no es extraño que las ultraderechas y las ultraizquierdas municipales centroamericanas se hayan apresurado, con mayor o menor intensidad, según el caso, a minusvalorar el *Nobel de la Paz* de este año. Es un tajo en el corazón de todo guerrerismo y de toda ortodoxia instrumentalizadores del sufrimiento de las grandes mayorías humanas. Es el atisbo de un nuevo estilo de vida política, hasta ahora irracionalmente descartado por la ignorancia o por el simplismo maniqueo.

Desde este talante, el esfuerzo costarricense merecedor del *Premio Nobel de la Paz de 1987*, debe verse como un signo de esperanza por cuya concreción valdría la pena apostar la mejor fe y gastar los mejores esfuerzos. Está detrás de él un clamor de la civilización contra la barbarie, de la vida contra la muerte, de la esperanza contra la desesperanza y la desesperación.

Por esto mismo no se ha hecho esperar el disgusto entre quienes, artífices de la guerra, ven un peligro en esta alternativa de paz.

El primer grupo de disgustados lo integran los miembros de la actual administración norteamericana. Ellos ven, en el plan del doctor Arias, un peligro para su política guerrerista, sustentada, desde el ángulo ideológico, en los principios de defensa del sistema democrático y de los espacios geopolíticos



estratégicos; y desde el ángulo económico en el principio, no explícito, de mantener activos los mercados internacionales para la industria armamentista del norte.

Los segundos disgustados son las cúpulas de las fuerzas armadas y de las fracciones económicas ultraconservadoras, sobre todo del triángulo constituido por Guatemala, El Salvador y Honduras. Tales cúpulas, paradójicamente enriquecidas con motivo de los conflictos, más intensos o menos intensos, desatados en cada uno de los países, temen, por un lado, perder la oportunidad para un enriquecimiento mayor y constante; por otro, el desmedro que sus intereses puedan tener por la instauración de otros órdenes nacionales e internacionales dotados con mayor racionalidad.

La "contra," con su carácter abiertamente belicista y con sus intenciones de recuperar el anterior estilo de vida nicaragüense, integra un tercer grupo plantado frente al *Premio Nobel de la Paz* con gesto de mal sabor.

Un cuarto grupo con disgusto lo representan las fracciones ultraizquierdistas más ortodoxas, inmaduras y violentas. Ellas ven en el plan de paz un obstáculo para la implementación de un modelo de sociedad al estilo del socialismo de principios de siglo, y un obstáculo para la continuación de una práctica guerrerista que constituye ya un modo de vida respecto del cual se han engolosinado.

No obstante tales disgustos, algunos resultados mínimos se van viendo ya. La mera firma del plan de paz por parte de los gobiernos centroamericanos aliados de Estados Unidos, representa un pequeño "desarrodillamiento" que, contra las presiones de la administración Reagan y sus primeras actitudes de indiferencia frente al *Nobel de La Paz*, ha obligado a la metrópoli a aceptar, por lo menos en el discurso diplomático hacia afuera, la excelencia en la gestión de Costa Rica y el merecimiento en el premio adjudicado.

Queda por ver hasta donde podrán ir los gobiernos de El Salvador, Honduras y Guatemala en la construcción de la nueva estrategia para la paz. Como apéndices operativos de la actual administración norteamericana y con el carácter pseudoautónomo que tienen respecto de las cúpulas económicas y militares de sus países, no se ve muy claro que, en principio, puedan dar significativas muestras de querer lo contrario a lo querido por quienes externa e internamente tienen la hegemonía militar y económica. Por eso muchas medidas dadas en los primeros noventa días del plan de paz aparecen con un cierto olorillo a prisa demagógica, seguidas de una cólera enconada por parte de unos y de un escepticismo por parte de otros. Si a esto se agrega la densa cortina con que tales gobiernos intentan cubrir sus propias responsabilidades al desviar macha-

conamente la atención hacia las cuestiones de Nicaragua, el talante de autenticidad y de autonomía no se les dibuja aún con la claridad necesaria.

Nicaragua parece haber entrado en una etapa de comprensión sobre la nueva política distensora de su metrópoli soviética y parece haber ido más allá de cuanto muchos esperaban. Operando incluso en contra de las fracciones sandinistas más ortodoxas e inmaduras, el gobierno de Ortega está propiciando medidas que, por una parte, deslegitiman la acción de los "contras" y, por otra, se revierten en beneficios de credibilidad internacional a la gestión sandinista.

Todo está por verse, entonces. En cuestión del tiempo al tiempo efectivamente invertido en la causa de la paz. Por eso la cuestión de los plazos debe verse con cautela: ni con la laxitud querida por algunos a fin de que la estrategia de la paz sucumba ante la inercia de la guerra, ni con la prisa de los días contados que otros quisieran para justificar la guerra como salida única a la cuestión centroamericana. Los plazos deben verse como signo de un trabajo urgente y constante hacia la paz y no como límites taxativos desde los cuales descartar toda posibilidad y todo esfuerzo.

Volvamos entonces al *Nobel*. ¿Tiene un carácter político? Evidentemente sí: con su adjudicación se apoya una gestión política en beneficio de un estilo de vida política. ¿Tiene tal significado esa gestión como para merecer el magno reconocimiento? Lo tiene, en cuanto constituye un esfuerzo por acabar con el sufrimiento de las grandes mayorías centroamericanas —lugar inconmensurable del sufrimiento por la violencia, que eso son ellas— y por exorcizar a tiempo una conflagración de mayores proporciones. ¿Ni Arias ni Costa Rica han hecho algo antes por la paz como para merecer el Nobel, según afirman algunos? El plan de paz es el punto culminante de una vocación y de un proceso caracterizador del talante político de aquel país. Así como en las otras áreas el *Nobel* se concede por un aporte importante en las ciencias y la literatura y este aporte es siempre la culminación de un proceso en donde se encadenan los trabajos precedentes de otros científicos y literatos en beneficio de la humanidad, en el área de la paz la gestión del actual presidente de Costa Rica es la culminación feliz y oportuna de un esfuerzo precedido por otros. El doctor Arias lo ha reconocido ya: "el premio no es para mí, es para Costa Rica," ha dicho. Y es que él sabe muy bien la historia de su país donde la paz, después de los dolorosos acontecimientos ocurridos en la década de los cuarenta, se ha ido construyendo con la inteligencia y la palabra. Sabe muy bien que la movilización realizada por su plan viene de unos hombres y de un país que sólo tienen "su vida por arma."

F. A. E.